

GUSTAVO Y REBECA

12-05-2009

Capítulo 1

A Rebeca la vi por primera vez cuando curioseaba en un puesto del Rastro de Madrid hace tres años y dos meses, en pleno invierno. Me encontraba consumiendo mis últimas horas antes de coger el AVE de las tres de la tarde a Zaragoza. Había dedicado el fin de semana en la capital a mi afición favorita, los cómics. En aquella ciudad se podía encontrar de todo.

Su abrigo amarillo de lana reflejaba la luz de las doce del mediodía y llevaba unas gafas de sol demasiado grandes. Fue lo primero en lo que me fijé o, mejor, lo que llamó mi atención. Parecía ensimismada en la elección de algún ejemplar antiguo y aproveché para acercarme poco a poco, con la mirada fija en su nuca desprotegida del frío.

A su derecha estaba plantado un tipo que hacía ademán de cogerla por la cintura aunque no se decidía. A su izquierda, una pareja de chicos se daba la mano y se miraba a los ojos como me hubiera gustado mirarla a ella en aquel momento. Cuando me encontré a su lado, apartó de la cara un mechón de su melena negra con el dorso de la mano izquierda, como quien rechaza algo ajeno e incómodo. De su rostro, con el ceño fruncido, pendía una mirada obsesionada, fija en algún punto imaginario. Se apartó del tenderete con paso firme y sus piernas, bien separadas la una de la otra al caminar, marcaban pasos enérgicos, decididos.

Todo indicaba que tenía un destino claro y, sin embargo, juraría que vagaba perdida.

Ella ocupó todos mis pensamientos en el viaje de vuelta a casa.

La segunda vez que la vi fue en la cola del Palafox, a media tarde, un sábado lluvioso y triste como una boda de tercera. Mientras esperaba mi turno, nuevamente detrás de su nuca, la imaginé como protagonista de una película de los años 50 llamada Niágara cuya acción se desarrolla en un complejo turístico al borde de las cataratas. En la secuencia que recordé hay un rugido de fondo permanente debido al estallido del agua al caer y el ambiente parece empañado, claustrofóbico.

Dentro de una cabaña, Rebeca está tumbada en su cama, fumando un cigarrillo con las piernas abiertas bajo

la sábana blanca, invitando a un hombre invisible. Cuando oye a su marido abrir la puerta, apaga inmediatamente el cigarrillo, cierra las piernas y se recuesta de lado fingiendo dormir. Él entra y la mira sin disimulo, retándola porque sabe que está despierta; se tumba finalmente en su cama, la otra cama, y se duerme. Entonces, ella se levanta sigilosamente y sale al porche. Se sirve una copa, enciende un cigarrillo y sintoniza la radio que está sobre el alféizar de la ventana. Con los ojos entornados, comienza a mecerse al ritmo de una sinuosa melodía de la época aunque se escucha de fondo el agua reventando contra las rocas.

Tampoco en aquella ocasión tuve oportunidad de dirigirme a Rebeca. La perdí de vista entre el resto de la gente.

La tercera vez que la vi fue en El Hemisferio, al fondo del local, sentada sobre un taburete y apoyada en la barra, de espaldas, controlando por el espejo que tenía enfrente a todo el que entraba. Sostenía entre sus manos una copa a medio consumir y soplaba delicadamente la superficie de la bebida, apartando algo que yo no alcanzaba a ver. Rebeca disfrutaba de una noche de confianzas y copas con amigas. Su pelo estaba enmarañado y, seguro, impregnado del humo de incontables cigarrillos quemados en cualquier barra de cualquier garito.

Sus ojos como bombillas de carbón tenían restos de rímel, y por su gesto felino, se diría que estaba a punto de saltar como una gata para situarse delante de mí. Aquel día, por fin, la conocí.

Me acerqué a ella con un nudo en la garganta, como si fuera a echarme a llorar de un momento a otro. Durante los escasos diez metros que tuve que recorrer para llegar a su lado, no apartó su mirada del espejo ni un instante. Sus acompañantes conversaban distraídas y ella, ausente, sólo tenía ojos para mí. Cuando me quedaban un par de metros para alcanzarla, se escabulló de su grupo y se acercó diciéndome “Soy Rebeca”; me plantó dos besos en las mejillas, muy cerca de las comisuras de mi boca.

Así empezó nuestra historia.

Texto: Idoia Huici